

**Domingo de la 2ª semana de Cuaresma, C. Dios hace alianza con Abrahán, el creyente. Cristo establece una nueva Alianza y nos transformará, según el modelo de su cuerpo glorioso, que hoy vemos transfigurado. Es también preparación de la Pasión**

**Libro del Génesis 15,5-12.17-18.** En aquellos días, Dios sacó afuera a Abran y le dijo: - «Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes.» Y añadió: - «Así será tu descendencia.» Abran creyó al Señor, y se le contó en su haber. El Señor le dijo: «Yo soy el Señor, que te sacó de Ur de los Caldeos, para darte en posesión esta tierra.» Él replicó: - «Señor Dios, ¿cómo sabré yo que voy a poseerla?» Respondió el Señor: - «Tráeme una ternera de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón.» Abran los trajo y los cortó por el medio, colocando cada mitad frente a la otra, pero no descuartizó las aves. Los buitres bajaban a los cadáveres, y Abran los espantaba. Cuando iba a ponerse el sol, un sueño profundo invadió a Abran, y un terror intenso y oscuro cayó sobre él. El sol se puso, y vino la oscuridad; una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados. Aquel día el Señor hizo alianza con Abran en estos términos: - «A tus descendientes les daré esta tierra, desde el no de Egipto al Gran Río Éufrates.»

**Salmo 26,1.7-8a.8b-9abc.13-14.** R. El Señor es mi luz y mi salvación

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?

Escúchame, Señor, que te llamo; ten piedad, respóndeme. Oigo en mí corazón: «Buscad mi rostro.»

Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio.

Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor.

**Carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3,17-4,1.** Seguid mi ejemplo, hermanos, y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros. Porque, como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos, hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas. Sólo aspiran a cosas terrenas. Nosotros, por el contrario, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo. Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos.

**Evangelio según san Lucas 9,28b-36.** En aquel tiempo, Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se calan de sueño; y, espabilándose, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: - «Maestro, qué bien se está aquí. Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» No sabía lo que decía. Todavía estaba hablando, cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: - «Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle.» Cuando sonó la voz, se encontró

Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que hablan visto.

**Comentario:** 1.- Gn 15,5-12.17-18. *Tiempo fuerte de esperanza.* La liturgia de la Palabra del pasado domingo nos invitaba a profundizar en nuestras actitudes de fe. La de hoy nos ayuda a dar un paso en la misma dirección pero alertándonos de que caminar en la fe es vivir de la esperanza. Si leemos con detenimiento lo que nos dice hoy el Génesis detectaremos fácilmente que si es verdad que Abrahán fue el primer creyente, incluso el padre de todos los creyentes, su vivencia de fe la tuvo que construir desde la virtud de la esperanza, pues la alianza que Dios hace con él está en clave de futuro: así será tu descendencia, A tus descendientes les daré esta tierra.

Este capítulo es uno de los más difíciles de todo el Génesis. Prescindiendo de todas las cuestiones científicas (hay autores que distinguen hasta cuatro unidades de época muy diversa), nosotros podemos hacer las siguientes divisiones:

-Promesa de una descendencia (vs. 1-6): Desde Gn 12, 1-3 es uno de los temas más importantes de toda la historia patriarcal. Pero esta promesa contrasta con la realidad de Abrahán: no tiene hijo alguno, por eso su duda es motivada (vs. 2-3). Eliezer, que no sólo es un criado, sino alguien importante en la casa, será el que herede al faltar el hijo legítimo (según las costumbres orientales, una pareja sin hijos solía adoptar a alguien para que les sirviese en vida y les sepultase al morir).

La duda se va a disipar al anunciar Dios a Abrahám, bajo promesa, que el heredero será "uno salido de tus entrañas" y a través de él su descendencia será numerosa. Abrahán acepta; su fe no es una adhesión a una verdad intelectual, sino una actitud de confianza en una promesa humanamente irrealizable. Y Dios reconoce el mérito de esta actitud (cfr. Dt 24, 13; Sal. 106, 31...).

-Posesión de la tierra (vs. 7-21): es otro tema importante de la promesa hecha por Dios a los patriarcas; la descendencia de Abrahán, convertida en una gran nación, será la que tome posesión de la tierra y la habite. Los confines de esta tierra (vs. 18b-21) son los límites del imperio davídico.

La actitud de Abrahán es de duda, y exige una señal (v. 8). Muchas veces, en la Biblia, pedir un signo no implica una falta de fe, sino todo lo contrario (cfr. Is. 7, 10-14). El Señor considera legítima esta postura y va a dar un signo en los vs.9-12. 17-18a: pasar entre las partes de un animal descuartizado.

A la pregunta de Abrahán en el v. 8, el Señor responde pasando a través de los animales (humo y antorcha=fuego, son símbolos clásicos para indicar la presencia de Dios). El significado de este rito es muy oscuro y si recurrimos al ¿paralelo? de Jr. 34, 18-21, veremos que en ambos textos la parte que se compromete a algo confirma solemnemente este compromiso pasando a través de los animales descuartizados. En el texto de Jr., los que se comprometieron a algo y no lo cumplen correrán esta misma suerte; pero en nuestro texto el significado no puede ser el mismo: el rito no es un sacrificio, ni la palabra alianza del v. 18 podemos entenderla en el sentido de pacto o tratado, sino de un compromiso hecho unilateralmente por el Señor. El paso a través de los animales descuartizados hace que este compromiso adquiera suma solemnidad. Abrahán sólo es el destinatario, no se compromete a nada; y el Señor no puede nunca correr la suerte de ser descuartizado, ya que siempre ha sido, es y será fiel a su compromiso (A. Gil Modrego).

No es que Dios lleve contabilidad de las obras buenas de los hombres y que Abrahán acreciente su haber con otra obra buena. Según comenta Pablo este pasaje (Rom 4,1-4; Gál 3,5), Abrahán fue tenido por justo sólo por la fe en la promesa o por su confianza en Dios y no porque hiciera alguna obra buena según la ley.

El sirio San Efrén aclara el rito de Abrahán, recordando las costumbres de sus propios antepasados: "Dios en este pasaje se acomoda a las costumbres de los caldeos. Estos tenían la costumbre de pasar con una antorcha encendida en la mano entre los miembros descuartizados de los animales y colocados según un determinado orden, para consagrar así los pactos realizados".

Jeremías conoce también esta costumbre (34, 18). Con este rito se expresaba la voluntad de los contrayentes de que ellos mismos, caso de no guardar lo pactado, fueran destrozados por Dios como lo habían sido los animales sacrificados. En un contrato del rey Mati'el de Arpad (s. VIII a. C) se dice: "Y así como es descuartizada esta becerra, así sea descuartizado Mati'el y sus magnates", si no guarda el pacto contraído. Que se trata de un rito muy extendido, lo prueba el hecho de que era practicado también por los pueblos romanos y albanos.

La alianza tiene aquí un carácter de promesa. En realidad, es Dios el único que empeña su palabra y se compromete con Abrahán y su descendencia. Por eso el patriarca está dormido en el momento culminante, y ve en sueños cómo Yahvé, simbolizado por la humareda y la antorcha, pasa por medio de los animales descuartizados. Los buitres que espanta Abrahán son sus enemigos y los de su descendencia ("Eucaristía 1989").

Una visión infantil de la fe cristiana es querer «resolver» e «iluminar» todos los problemas con respuestas hechas y almacenadas en las bibliotecas, se nos hace cuesta arriba descubrir que «también» la fe es oscuridad, o, si se prefiere, no elimina la oscuridad de la vida, del misterio enigmático de la vida. Fácil hubiera sido encarar el comentario de las lecturas de hoy repitiendo viejas frases sobre la esperanza, la muerte y la resurrección, la «gloria del maestro», etc., sin atrevernos a mirar a Abraham y a los apóstoles como los verdaderos prototipos de esta situación concreta de creyentes que estamos atravesando. Nos resistimos a «identificarnos» con ese Abraham y ese Pedro que «no entienden nada», porque preferimos pensar que nosotros vemos muy claro, y que ya le bastó a la humanidad la experiencia de búsqueda de ellos, por lo que nosotros podemos ahorrarnos ese trabajo.

Así, pues, la reflexión de este domingo es una invitación a plantearnos con sinceridad el problema de la fe, aun a riesgo de que, como los tres apóstoles, debamos luego guardar silencio por mucho tiempo hasta llegar a entender lo que por el momento es bastante oscuro.

El relato de Lucas, llamado vulgarmente la «Transfiguración», nos presenta, precisamente, el drama de fe de los apóstoles, que tardaron mucho en aceptar al verdadero Cristo, resucitado sí, pero que cuando reveló el drama de su muerte y sus dolores «se encontró solo» en el monte.

Lucas mira en perspectiva histórica todo el misterio de Cristo, y lo ve como la culminación del Antiguo Testamento, de la Ley y los Profetas (Moisés y Elías), exigiendo ese salto en el vacío a quienes pretendían constituir su pueblo con la ilusión de que se trataba de un camino fácil hacia la gloria.

La página de Lucas anticipa de alguna forma el posterior desenlace, como una prefiguración simbólica. Una página acertadamente ubicada en este segundo domingo de cuaresma, anticipándonos ya que la Resurrección de Jesucristo es algo más que una bonita palabra.

La Iglesia ya lleva celebradas casi dos mil cuaresmas... y aún hoy se sigue interrogando acerca del sentido de la vida, paradójico drama en el que la luz y las tinieblas no separan a los hombres en dos bandos -los buenos y los malos-, sino que se mezclan en nuestro propio interior hasta que alborée el alba definitiva.

Y en esa perspectiva -de por sí dramática- el cristiano «increíblemente» sigue «aguardando un Salvador el Señor Jesucristo», que «transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa» (Santos Benetti).

Parece que en la escena evangélica de hoy Lucas nos quiere poner de manifiesto dos mundos distintos. Por un lado, el mundo en el que se mueven Jesús, Moisés y Elías. Por otro lado, el mundo de Pedro, Juan y Santiago, que acompañaron al Maestro pero no participaron, en principio, del primer mundo en el que se movía Jesús.

Pero, de repente, y tras espabilarse, porque el primer momento de estancia en el Tabor no debió resultar muy ameno para los Apóstoles ya que -lo dice claramente el evangelista- se durmieron, Pedro dice algo que a mí me ha impresionado gratamente. Contemplando la blancura del rostro del Señor, "su gloria" -dice el evangelista-, Pedro exclama: ¡Qué bien se está aquí! Y como se está bien, quiere quedarse allí cómodamente.

Prescindiendo de si acertó o no con su expresión, prescindiendo de si se dejó llevar de un criterio humano que le llevó a deslumbrarse con lo que interpretó como gloria y triunfo de su Maestro, lo cierto es que Pedro le dijo a Jesús que se estaba bien con Él. A mí me parece importante constatar en voz alta que se está bien con Dios, que merece la pena intentar vivir a su lado; que nuestro Dios es un Dios amable en el literal sentido de la palabra, con el que apetece tener una buena tertulia y prolongar indefinidamente una estancia.

Y esto me parece importante porque, y no me explico cómo, hemos presentado a Dios, al Dios de Jesús, demasiadas veces, como un Dios ceñudo, intransigente, airado, revanchista; un Dios de toma y daca que espera el menor traspiés del hombre para darle "su merecido". Hemos presentado a Dios como un Señor de prohibiciones, lejano e inaccesible, al que conviene tener distante y contento con sacrificios, ofrendas y votos. Hemos presentado un Dios con el que no apetece estar, en una palabra. Por eso me impresiona tan gratamente la expresión de Pedro.

Y haciendo el traslado a la práctica cotidiana, cabría afirmar que esa visión que hemos transmitido tan frecuentemente de nuestro Dios es algo que se ha filtrado a través de nuestra presentación como cristianos. El cristiano debería ser, por definición, alguien que diera paz, con quien se estuviera a gusto, bien, seguro en sus convicciones (lo cual no está reñido con la comprensión y la benevolencia), alegre con esas convicciones, dispuesto a vivirlas sencilla y sinceramente, sin ostentaciones; que, por estar familiarizado con Dios, repartiese su claridad entre los hombres; con el que se pudiera contar en todo momento, al que se le puede contar un apuro, al que se le puede sugerir una ayuda; de quien se dijera: "qué bien se está con él".

Y nada más lejos unos seres tristes, aburridos, llenos de obsesiones y prohibiciones, incapacitados para la vida; personas dogmáticas e intransigentes, con cierto sentido de superioridad, con una seguridad que no contagia, sino que distancia; que apenas se puede hablar con ellos porque no comprenden la duda, la vacilación y aun la negativa; que dijeran que somos capaces de vivir sólo con nosotros mismos e incapaces de abrirnos al mundo para intentar comprenderlo sin condenarlo a priori. Quizá dirían que con nosotros no sólo no da gusto estar, sino que no se puede estar. Pues, quizá... Y es para pensarlo, porque si así se pensara de nosotros (y por algunas opiniones expresadas puede deducirse que así se piensa o se ha pensado en ocasiones), mal o flaco servicio le haríamos a nuestro Dios, porque si así aparecemos o somos los que en Él creemos, resulta fácil concluir que con ese Dios tampoco se debe estar bien.

Repito que los exégetas pueden decir que Pedro reaccionó humanamente al querer quedarse ahí, quietecito, junto a la gloria del Señor, y que no quería ni oír hablar del dolor y la dificultad que Jesucristo les iba anunciando, pero, admitiendo esa crítica

para Pedro, yo me quedo hoy con el sentido literal de la frase, que me ha parecido estupenda. Además es muy posible que el sentir la misma sensación de Pedro nos ayude cuando este Dios amable se nos acerque coronado de espinas, o pobre y desvalido, o anciano y despreciado, o con rasgos en los que sea difícil identificarlo (Ana María Cortés).

LA MONTAÑA MÁGICA. Los montes Tabor y Calvario enmarcan la vida pública de Jesús, que va desde Galilea a Jerusalén para dar cumplimiento a su misión. El primero, en la llanura de Jezrael, al norte de Palestina, es el monte de la transfiguración, de la manifestación de Dios en Jesús. El Calvario, al sur, en los alrededores de la Ciudad Santa, es el monte del ocultamiento, de la muerte de Dios.

Tabor y Calvario se complementan y jalonan el discurso de la existencia cristiana. Hay que subir al Tabor desde la rutina de la vida para ver, para no perder la perspectiva, para cobrar ánimo y esperanza en el camino que inexorablemente lleva a la muerte y muerte de cruz. Pero no hay que perder nunca de vista el Calvario, no sea que el resplandor y los destellos del Tabor se conviertan en fuegos fatuos y la esperanza se desvanezca en ilusiones.

Tabor y Calvario, dos elevaciones, dos montes, son también dos modos de posicionarse en la vida y frente a la vida. Desde la atalaya del Tabor todo es luz, resplandor, claridad, las cosas pierden sus aristas y los acontecimientos su contrapunto. ¡Qué bien se está! Es la tentación de quedarse en la idealización de la vida, en el gozo inmediato de la evasión, por encima del bien y del mal, que queda como a los pies. Desde el monte Calvario, coronado de cruces, la cosa cómo cambia. Cómo cambia la vida cuando se la contempla desde las cruces donde mueren los pobres, los sin trabajo y sin techo, los sentenciados al salario mínimo y los condenados a pensiones insuficientes.

Es cómo quedarse en una visión idealizada -ideologizada- de la realidad, sobre todo para los que han podido encaramarse a la montaña mágica de su propia transfiguración. Desde ese particular "¡Qué bien se está!", llamado "sociedad del bienestar", se ve el mundo como el reino de la libertad, radiante de luz de Derechos Humanos, lanzado hacia el progreso, el desarrollo, el crecimiento..., en el que el paro, la pobreza, la vivienda, los jubilados, son pequeños problemas, situaciones coyunturales de la crisis, llamados a desaparecer a medio plazo.

Pero, frente a esa visión deslumbrante y macroeconómica de los encaramados en la montaña mágica del poder y del dinero, está la soledad doliente de los que agonizan en la cruz del subdesarrollo, de la pobreza injusta, del hambre innecesaria, del salario y la pensión discriminada. A los ojos velados de los crucificados, la Declaración Universal de los Derechos Humanos es un documento inútil; el progreso, un término sin sentido; el bienestar, un cinismo brutal.

A la luz de la fe cristiana, que salta como una chispa eléctrica entre los polos del Tabor y del Calvario, las estadísticas oficiales se transfiguran y los números cobran aspecto de seres crucificados en los gráficos del paro, de los pobres, de los pensionistas, de los sin hogar, de los drogadictos, de los afectados del sida... Sobre sus cruces está el "INRI" de la crisis económica, de los ajustes presupuestarios, de las exigencias de política económica, del porcentaje destinado a la acción social, de la insolidaridad..., de tantas y tantas abluciones que preceden, como en el caso de Pilatos, al envío de los inocentes a la cruz.

Hay que bajar del Tabor para seguir el camino que conduce hasta el Calvario. Pero, sobre todo, hay que bajar de la montaña mágica, ese falso Tabor en el que ponen sus tiendas los poderosos. Porque nadie, y menos que nadie los representantes del pueblo, están facultados para seguir crucificando inocentes (Luis Betes Palomo).

Eso dice San Pablo que somos los cristianos. Según como se interprete esta afirmación de San Pablo tendremos un tipo u otro de cristiano. Para algunos, ser ciudadano del cielo es estar en las nubes (y no precisamente en la nube que hoy aparece en el relato de la Transfiguración; es "pasar" de las cosas de la tierra, es ser un angelista, un espiritualista, desarraigado del momento y de la circunstancia en las que vive, sin compromisos concretos, sin preocupaciones por las cosas y las personas. Es ser un hombre de "sacristía", de rezo, en el que apenas aflora la preocupación por cuanto acontece a su alrededor. Este tipo de cristiano se ha dado y se da. Y muchos hombres que no son cristianos desearían así a los cristianos porque les resultaría mucho más cómoda la vida.

No creo que este tipo de cristiano lo tuviera en la mente San Pablo (un hombre encarnado en su momento y en su circunstancia), sino todo lo contrario. Quizá San Pablo, cuando dijo a los suyos, y concretamente a los filipenses, que debían ser ciudadanos del cielo, estaba pensando en unos hombres de cuerpo entero que proyectan su vida desde los valores de Dios, en unos hombres que están presentes en su entorno con toda intensidad para poner en cada acontecimiento el sentido de lo sobrenatural, en unos hombres que viven con estilo trascendente y que, por eso precisamente, no rehuyen ninguna responsabilidad de las que les cabe por ser miembros de hecho y de derecho de una comunidad concreta con sus concretos problemas.

Y viene esta carta de San Pablo como anillo al dedo para el momento, ciertamente histórico, que estamos viviendo en España.

Rápidamente, con estilo español, hemos pasado de una sociedad monolítica a una sociedad pluralista. Es estupendo. Estupendo desde todos los puntos de vista y todavía más estupendo desde el punto de vista de la vida cristiana, porque ahora, como nunca, el cristiano tiene ocasión de demostrar sin vanidad, pero sin rubor, que es "ciudadano del cielo" y que, por consiguiente, su enfoque de los problemas tiene un color especial que no intentará imponer pero del que no tiene que renunciar en absoluto ("Eucaristía 1983").

EL PORVENIR DE UNA ILUSIÓN. Una de las interpretaciones que ha pesado y sigue pesando todavía mucho en amplios sectores del pueblo cristiano, es considerar el mundo como un "valle de lágrimas", como un lugar de paso sin consistencia propia, como algo de sólo relativa importancia.

Esta manera de pensar convierte automáticamente a los hombres en unos seres ávidos de trascendencia, de manifestaciones patentes de esa otra vida a la que un día llegarán convertidos en figuras radiantes de luz. ¿Es esa una realidad? ¿No daríamos la razón a los que abundan en la teoría de que ese cielo no sería otra cosa que una proyección de deseos ante la constatación de nuestra propia impotencia y limitación? Freud llamó a la religión una ilusión y era pesimista en cuanto a su futuro, ya que no aporta nada al hombre, lo que trata de sacarlo de su situación real. Las ilusiones mueven a moverse.

Animan a plantar tiendas, pues su gratuidad no exige la puesta en marcha del dinamismo humano. Incitan más bien a la pasividad que, paradójicamente, se apoya en la misma divinidad. Transfiguración no supone quietismo, sino camino hacia. Transfiguración es descubrimiento, es la reflexión que da clarividencia y que ayuda a seguir adelante. La eternidad ha comenzado ya y esa vida futura que esperamos está siendo modelada y condicionada por nuestro propio realismo actual. Las ilusiones deben dejar paso a las actitudes pensadas y sentidas. Sólo así el porvenir será ya realidad en el presente ("Eucaristía 1974").

2. Salmo 26. Este es un "salmo de confianza"... Llama la atención el admirable ritmo de sentimientos: -"Dios es salvación". Esta salvación conlleva una participación del hombre, un combate. -Este valor tiene una fuente: la oración. -Y la vida con sus combates sigue su curso, ansiosa. -Pero todo culmina de nuevo en una certeza, apoyada en Dios. Hay que notar en el versículo 7, el cambio sorprendente de "persona": hasta allí, el salmista habla de Dios en tercera persona... Bruscamente, empieza a hablar a Dios en segunda persona: "¡escucha, te llamo!".

El hebreo es una lengua concreta: saboreemos las imágenes. La muralla. Temblar. La carne destrozada. Hacer pie. El despliegue del ejercito enemigo. La entrada en batalla. Habitar en la casa de Dios, etc...

Una vez más, descubrimos que Jesús recitó este salmo. He aquí algunas alusiones conmovedoras:

- "Los malvados se acercan para destrozarme mi carne..." La flagelación, la pasión.

- "Falsos testigos se levantaron contra mí..." (Mateo 26,59). "Habitar en la casa del Señor..." Nos remite a este deseo de Jesús, que se patentiza desde su primera peregrinación al templo: "¿No sabíais que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?" (Lucas 2,49). Jesús Niño, se dejó moldear por este deseo del salmista: Habitar "en la casa de Dios", y lo realizó en la primera ocasión que se le presentó.

- "La única cosa que busco"... Buscad primero el Reino de Dios (Mateo 6,33).

- "A quién temeré"... No temáis pequeño rebaño (Lucas 12,32).

- "Que empiece la batalla, yo sigo confiando..." "Las potencias del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia" (Mateo 16,18).

- "Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me acogerá..." Cuando todo apoyo humano lo abandona, Jesús dice: "Ustedes me dejarán solo: No, nunca estaré solo, el Padre está conmigo" (Juan 16,32; 8,16; 8,29)

- "Dios Luz"... "La luz vino al mundo" (Juan 3,19) "Yo soy la luz del mundo" (Juan 8,12;12,46).

"Veré la bondad del Señor en la tierra de los vivientes": "Antífona de la liturgia de difuntos... Certeza de la Resurrección..." "Voy hacia el Padre" (Juan 14,28).

¿Cuál es "el hoy de Dios"? Es el hoy del mundo, el hoy de la Iglesia, mi hoy, familiar, profesional, etc... Este salmo, hay que actualizarlo, meditarlo con esperanza. Tener confianza. Dar confianza. Tener fe en el éxito. Luchar por ello. La esperanza no es una virtud lenitiva y fácil: es una actitud de valor y fortaleza. No es solamente una virtud "humana", sino un "don del Espíritu", una virtud teologal que se fundamenta en la oración, en el deseo de intimidad con Dios... "¡La única cosa que busco!" ¿es esto cierto?

*Tema de la crisis.* El mundo está en crisis. La Iglesia está en crisis. La esperanza que canta este salmista es ansiosa: el miedo ronda las puertas... Se da la señal de batalla. Así traduce Paul Claudel este pasaje: "¡Si me declaran la guerra, es ganancia para la esperanza!... ¡Fuego! Yo grito: ¡hurra!".

¿Creemos, sí o no, que Dios es nuestra defensa? ¿Queríais que yo temblara?"

*Tema de la escatología.* Dios tendrá la última palabra "estoy seguro, veré la bondad de Dios... Veré el rostro de Dios" (1 Cor 13,12). Pero este logro de Dios (esta salvación "esta luz", esta "habitación en Dios") hacia la cual avanzamos, ya ha comenzado; nuestra tarea humana consiste en tomar parte en ella desde ya: "espera... Sé fuerte y valeroso". En otras palabras: "¡puedes contar con Dios, sí!" ¡pero es necesario también poner de tu parte! La gracia y la libertad.

*Tema de la oración.* Nuestro mundo materialista suscita en muchas personas una sincera vuelta a la oración que toma con frecuencia la forma hoy muy en boga de los místicos orientales. Este salmo, característico de Cuaresma, nos brinda la ocasión de

hacer la experiencia más prolongada de intimidad con Dios. El salmista se consideraba "huésped" de Dios: "sólo una cosa le he pedido al Señor, sólo una cosa deseo: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida... Me oculta en lo más secreto de su morada... Tu rostro, Señor, yo busco". ¿Por qué no hacemos la experiencia de la proximidad sabrosa de Dios? "Jesús inspirado en este salmo, nos invita a una oración íntima". "Cuando quieras orar: entra en el silencio de tu habitación la más retirada, cierra la puerta y dirige tu oración al Padre que está allí, en lo secreto" (Mt 6,6). Se trata de la misma fórmula del salmo: "El me oculta en lo más secreto de su morada". Alejarse en Dios. Ocultarse en Dios. Expresión de ternura.

*Tema del Rostro de Dios.* Si hay un sentimiento vivo hoy, es el de la "ausencia" aparente de Dios. El hombre occidental contemporáneo está realmente traumatizado por "el silencio" de "Dios". Concluye sin más que Dios no existe, que "Dios ha muerto". La fórmula de este salmo 26, es dramática en este sentido: "No olvido que tú has dicho: ¡BUSCAD MI ROSTRO! Tu rostro busco, Señor". El salmista de otros tiempos debía, como nosotros, experimentar la dificultad de encontrar a Dios. Pero su canto termina con un grito de fe: "Estoy seguro, veré las bondades del Señor".

*Tema del combate de cada día.* El intimismo de este salmo de confianza, no debe llevarnos a lo ilusorio. La oración, "la habitación en Dios", la búsqueda de su rostro no justifican la huida egoísta de la realidad. El salmo está impregnado de punta a punta por una atmósfera de batalla. Los "malvados", los "adversarios", los "enemigos", "aquellos que me acechan", están allí, junto al que ora. La búsqueda del rostro de Dios conlleva todo un programa de lucha contra el mal, que puede convertirse en un verdadero programa para una verdadera Cuaresma (Noel Quesson).

**La libertad gloriosa.** El salmo 27 se encuentra en las mismas armónicas que aquella gran melodía que viene resonando desde las primeras páginas de la Biblia: no tengas miedo, yo estoy contigo. Moisés, Josué, Gedeón, Samuel, David, y todos los profetas, en los momentos decisivos, al experimentar el peso de su fragilidad frente a la altura de una responsabilidad, escucharon, en diferentes oportunidades, y en múltiples formas, estas o semejantes palabras, que les liberaron de temores y les infundieron coraje.

Esta melodía adquiere, en ciertos momentos, una tensión verdaderamente conmovedora. Así, por ejemplo, cuando, muerto Moisés, Josué tuvo que ponerse al frente del pueblo, en su marcha conquistadora hacia la Tierra Prometida; sintiéndose (Josué) indeciso para cruzar el río Jordán, frontera de la futura patria, el Señor le infundió aliento y esperanza con estas palabras: «como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré ni te abandonaré. Sé valiente y firme, porque tú vas a dar a este pueblo la posesión del país que juré dar a sus padres. Sé, pues, valiente y firme... No tengas miedo ni te acobardes, porque tu Dios estará contigo a donde quiera que vayas» (Josué, 1, 1-10).

Estas palabras acompañaron a Josué, como luz y energía, durante las mil y una aflicciones que tuvo que soportar en los años en que Israel se instaló en la tierra de Canaán, instalación que no fue una posesión pacífica de una tierra regalada, sino una conquista sangrienta en medio de mil atrocidades.

Esta melodía o *leit motiv* -la asistencia leal y amorosa de Dios- adquiere una tonalidad todavía más intensa y alta en los profetas, sobre todo en Isaías: «No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre: "eres mío". Si pasas por las aguas, yo estoy contigo; si por los ríos, no te anegarán. Si andas por una hoguera, no te quemarás, porque yo soy tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador (Is 42,1-4). Numerosos textos, semejantes a éste, diseminados aquí y allá, en diversos profetas, expresan la misma convicción.

De esta certeza, reiteradamente confirmada a lo largo de los siglos bíblicos, deduce San Pablo una cadena de alentadoras conclusiones: «Ante esto, ¿qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?... ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? Estoy seguro de que, ni la vida, ni la muerte, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios» (Rom 8,31-39).

El salmista entra en escena, airoso y triunfal, lanzando desafíos en todas direcciones, con metáforas cada vez más brillantes y audaces: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quien temeré? El señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?... Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla, si me declaran la guerra, me siento tranquilo.

¿Cómo llamar a esto: libertad, seguridad, gozo, paz, plenitud? ¿Estará aquí el contenido del saludo eterno de Israel: *Shalom*? Es un saludo que encierra tales resonancias de vida que no hay manera de traducirlo a otros idiomas; por ejemplo, nuestra palabra paz no agota los contenidos vivos de *Shalom*; quizás podríamos expresarlo con la palabra felicidad, restándole un cierto eco edonista que este término oculta.

Pero, ¿cuál es, en el fondo, la experiencia que está viviendo el salmista? ¿Cuál es el contenido vital, la naturaleza última de ese sentimiento que se agita dentro del salmo? ¿Habrá alguna manera, alguna expresión que pueda sintetizarlo? Entiendo que sí. Y podría ser ésta: ausencia de miedo. Pero, esta expresión, de cuño negativo, encierra a su vez una carga de profundidad, desbordante de varias riquezas: seguridad, libertad, gozo, paz, alegría. Por sintetizarla con una expresión de signo positivo, hablaremos de libertad interior, entendiendo, ciertamente, por libertad interior ese cúmulo de vivencias interiores recién señaladas. En todo caso, después de todo, como veremos, no se trata de otra cosa que de ausencia de miedo.

Después de todo, el miedo es, no enemigo número uno del hombre, sino enemigo único. El mal de la muerte no es la muerte, sino el miedo de la muerte. El mal del fracaso no es el fracaso, sino el miedo a fracasar. El mal de que no me quieran o me marginen no es el hecho de que eso suceda, sino el miedo de que suceda. De todo lo dicho surge, espontánea y obvia, la siguiente conclusión: removido el miedo de los enemigos, los enemigos desaparecen, por muy altaneros que se presenten ahí, frente a mí.

**Hijos de la Omnipotencia.** Y hemos llegado al punto de partida. ¿Por qué, de qué manera, con qué mecanismos la presencia de Dios (yo estoy contigo) desplaza y anula el miedo (no tengas miedo)? La explicación es esta: la presencia de Dios no «ataca» directamente al miedo, sino a la soledad, madre del miedo.

Cuando el hombre abre sus espacios interiores a Dios, en la fe y en la oración; cuando siente que sus soledades interiores quedan inundadas por la presencia divina; cuando percibe que su desvalimiento e indigencia radicales quedan contrarrestados por el poder y la riqueza de Dios; cuando el hombre experimenta vivamente que ese Señor, que llena y da solidez, además de todopoderoso, es también todocariñoso; que Dios es «su» Dios, el Señor es «su» Padre; y que su Padre lo ama, y lo envuelve, y lo compenetra, y lo acompaña; y que es su fortaleza, su seguridad, su certidumbre y su liberación..., entonces, díganme, ¿miedo a qué?

Si el Señor es mi fuerza y mi salvación, ¿temer, a quién? Si el Señor es la defensa de mi vida, ¿temblar, ante quién? (v. 1). El miedo ha desaparecido porque la soledad ha quedado poblada por Dios. Y, en este momento, el hombre comienza a participar de la omnipotencia de Dios: ni la vida, ni la muerte, ni la mentira, ni la

calumnia podrán causarme el más pequeño rasguño. Es, pues, el hombre, a partir de ese momento, hijo de la omnipotencia, invulnerable ante los peligros y amenazas.

Y este sentimiento de omnipotencia va acompañado de seguridad, euforia, júbilo, libertad, sentimientos que afloran en muchos salmos con expresiones exultantes. ¿Cómo llamar a todo esto con una sola palabra? Nosotros lo hemos llamado libertad interior, pero esta expresión aún es muy pálida. En realidad, se trata de una sensación de omnipotencia: es lo que sentía San Pablo al escribir: «Ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni las potestades, ni altura, ni profundidad ... », nada ni nadie puede conmigo, porque Dios está conmigo, y participo de su propio poder.

No es que a los enemigos se los haya tragado la tierra, o hayan sido fulminados por un rayo, o pasados a espada. No. Los adversarios siguen en pie, están ahí, insolentes, esparciendo su veneno. Pero el salmista se siente de tal manera arropado por la presencia divina, de tal manera cohesionado interiormente, de tal manera partícipe de la omnipotencia divina, y por lo mismo, invencible, que no siente miedo alguno, no le afectan los insultos ni le alcanzan los dardos, nada lo hiere, nada lo lastima; se siente libre, libre de los males y la adversidad.

No se trata, pues, de una situación objetiva, como si los enemigos hubieran caído abatidos y derrotados, sino una sensación subjetiva, la sensación de una libertad gloriosa, acompañada de júbilo, euforia y plenitud vital. Este es el mecanismo, el sentido profundo que late en el seno del salmo 26 y de tantos otros.

Ahora bien; como dijimos, si el miedo es removido, desaparecen los enemigos, no del frente de batalla, sino de la mente. Y, entonces, la situación real es tal que el hombre se siente como si los enemigos de hecho no existieran; y no sólo los enemigos, sino todos los males y desgracias de la vida; de ahí esa santa euforia, esa libertad gloriosa.

Si se levantan contra mí los resentidos de siempre, para derribarme y devorarme, cuando me vean invulnerable a sus espadas y mentiras ellos mismos serán presa de confusión y perplejidad, «ellos, adversarios y enemigos, tropiezan y caen» (v. 2), son ellos los que se sentirán derrotados...

*Tu rostro busco, Señor...* Todo lo que hemos dicho hasta ahora corresponde a la primera parte del salmo, cuyo contenido fundamental es la ausencia de miedo (no tengas miedo). Y el núcleo esencial de la segunda parte es el asegurar la presencia divina: buscar su rostro. Premeditadamente nos hemos saltado el versículo 4, porque, por su contenido, corresponde más bien a la segunda parte.

«Oigo en mi corazón: buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro.» Otra vez lo precisamos: Dios no tiene rostro. Este término, rostro, tan repetido desde los días de Moisés, como la expresión de la intimidad más entrañable, quiere indicar, hace referencia, una vez más, a la presencia divina, al Dios personal, vivo y verdadero, a Dios mismo, percibido vivamente en la fe y en la oración.

Volvemos a insistir: el Señor será el vencedor de la soledad y el liberador de las angustias, en la medida en que sea el Dios viviente en el fondo de mi conciencia. La única condición para que Dios sea verdaderamente mi liberador es ésta: que no sea (Dios) una abstracción teórica, un entresijo de ideas lógicas para hacer acrobacias intelectuales, sino que sea, dentro de mí, una persona viviente: padre, madre, hermano, amigo, mi Dios verdadero. A esta realidad, por llamarla de alguna manera, la llamamos rostro.

Y el salmista, sabiendo por experiencia que ese Rostro es la clave de todo bien, fuente de fuerza y transformación, así como de plenitud existencial, en seis oportunidades consecutivas apela a ese Rostro: 1) «tu rostro buscaré, Señor»; 2) «no

me escondas tu Rostro»; 3) «no rechaces a tu siervo»; 4) «no me abandones»; 5) «no me dejes»; 6) «aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me acogerá».

El salmo, que comenzó con una entrada triunfal, finaliza también con una salida victoriosa, con un par de versículos en que campea, invenciblemente, la esperanza. «Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida» (v. 13). País de la vida es esta vida, oportunidad que Dios nos da para ser felices y hacer felices. Gozar de la dicha del Señor es, simplemente, vivir, ni más ni menos. Mucha gente no vive, agoniza. Los que arrastran la existencia anegados entre temores y ansiedades no viven, su existencia es una agonía; en el mejor de los casos, vegetan. Pero ahora que el viento del Señor ha barrido con nuestras sombras y temores, ahora, sí, podemos respirar, sentirnos libres, gozosos, felices. Esto es vivir, ahora esperamos vivir.

Y tanta hermosura como contiene este salmo no podía acabar sino con un grito largo de coraje y esperanza: «Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor» (v. 14). El hombre tiene que habérselas con la vida y sus peligros; necesita refugios donde acogerse. Ha aprendido a no confiar en los poderosos de la tierra, «los señores de la tierra»; y sabe por experiencia que sólo salvan el poder y el cariño de Dios. Este poder y amor suscitan la confianza del hombre, y en esta confianza se basa su seguridad. Y esta seguridad se transforma en el gozo de vivir, vivir plenamente, Shalom (Larrañaga).

Aborrezco las luces deslumbrantes  
de ídolos y dioses fabricados.

No corro detrás de las luces atrayentes, espléndidas, de la gran ciudad.

No me dejo seducir por las luces sugerentes de la publicidad,  
con sus guiños malvados y engañosos:

"Coca-Cola: beba usted.

Carlos III: el amigo en la intimidad.

Fortuna: su tabaco ideal".

Ni me encantan las luces estimulantes de los escaparates o las discotecas.

Me ciega la luz de las estrellas rutilantes y me aburre la luz de las pantallas,  
grandes o pequeñas.

Son todo luces ficticias y vacías, luces débiles, mortecinas, grotescas, siniestras,  
fantasmagóricas, que se apagan a golpe de moda y se compran y venden por dinero.

Yo quiero una luz que nunca se apague, una luz que me encienda el corazón y  
las entrañas, y me convierta en una antorcha viva.

Yo busco una luz viva. "El Señor es mi luz".

Me encanta, Señor, la luz de tu Palabra: cada palabra es un lucero.

Me cautiva la luz de tus ojos: anuncian un océano de dicha.

Me puede la luz de tu costado: es la puerta del paraíso.

Me embriaga la luz de tu Espíritu: es un sol que enciende y no quema, un cielo  
de amores infinitos.

"Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro". Tu rostro es mi luz y mi  
salvación.

Tu rostro es mi encanto y mi diversión.

Tu rostro es mi manjar y mi canción.

Lo buscaré como la esposa al amado del alma.

Lo buscaré en la vigilia y en el sueño, en el trabajo y en el descanso, en el gozo y  
en el sufrimiento.

Lo buscaré siempre.

Pero no lo buscaré en el monte espléndido, ni cuando andaba sobre el mar.

Lo buscaré mejor hecho ascua viva de amor en el madero, ardiendo en la cera de su propia carne, alimentado con el aceite inextinguible del Espíritu.

Lo buscaré siempre en la cruz de cada día: en los pobres, enfermos y oprimidos, pequeños luceros escondidos que iluminan la noche del mundo (Caritas).

Guillén de Saint-Tierry (hacia 1085-1148) monje benedictino-cisterciense habla en *La contemplación de Dios* de “Busca su rostro. Sí, tu rostro, Señor, es lo que busco.” (Sal 26,7-8) y dice: “Soy desvergonzado y temerario, oh tú, mi socorro y mi apoyo de siempre, tú que no me abandonas jamás. Mira, es el amor de tu amor el que me hace buscar tu rostro (Sal 26,8). Tú me ves y yo no puedo verte. Pero tú me has dado el deseo de verte y ver todo lo que te complace en mí. Tú perdonas al instante a este ciego que corre hacia ti. Tú le das la mano en cuanto tropieza.

En el fondo de mi alma resuena la voz de tu presencia y responde a mi deseo. El alma protesta y echa fuera todo lo que hay en mí y mis ojos interiores son deslumbrados por el fulgor de tu verdad. Me recuerda que el hombre no te puede ver y quedar con vida (Ex 33,20). Hundido en el pecado hasta el día de hoy, no he logrado morir a mí mismo para vivir únicamente para ti (2Cor 5,15). No obstante, por tu palabra y por tu gracia, me quedo atento, aguardando sobre la roca de la fe, en el lugar que está junto a ti (Ex 33,21). Apoyado en esta fe, espero paciente, según mis posibilidades y abrazo tu derecha que me sostiene y me guarda (Sab 5,16).

Alguna vez, cuando contemplo y miro -por la espalda (Ex 33,23)- a aquel que me ve, a Cristo tu Hijo, en su humildad como hombre, me paro a contemplar... Lo poco que he podido sentir y percibir de él atiza la llama de mi deseo interior. Con paciencia espero que tú retires tu mano (cf Ex 33,22) y que derrames en mí tu gracia iluminadora para que según la respuesta de tu verdad, muerto a mí mismo y vivo para ti, comience a contemplar tu rostro descubierto.

3. Flp 3,17-4,1 (ver viernes de la 31ª semana). Pablo ve los fallos, pero no se deja dominar por ellos. Tiene esperanza. Siendo Cristo la causa de esta futura transformación, ella no sucede de modo mágico o impersonal, sino humano. Uno "coopera". No obliga a Dios, pero es coherente con la situación en que el Señor le ha colocado. Por esa razón este párrafo exhorta a un modo determinado de vida aquí y ahora. El hecho de que "nuestra ciudadanía sea del cielo" no es para reencarnarnos -aunque así se emplee muchas veces-, sino para hacernos conscientes de nuestro punto de destino (Federico Pastor).

Los enemigos de la cruz de Cristo son los judaizantes, de los que ha hablado Pablo a partir de 3, 1. Su afán en predicar la circuncisión neutraliza el "escándalo de la cruz" (Gál 5, 11); "honran a Dios con su estómago", su religión se reduce a un código legal, distinguiendo los alimentos puros de los impuros (esta frase no indica afición al comer y beber). Además ponen su gloria en aquella parte del cuerpo, llamada comúnmente "vergüenzas". ¡Pobre religión la que anuncian! A Pablo le produce lágrimas, y su fin, en el juicio divino, no será la salvación, sino la ruina. Por todo esto, los filipenses no deben seguir su ejemplo.

El cristiano siempre debe tener en perspectiva su auténtica morada, el cielo, que es también la de su salvador. Esto no implica una despreocupación por las tareas terrenas, pero el cristiano nunca podrá perder de vista que es un peregrino en la tierra, donde "aguarda" (=espera) la venida escatológica del Señor. La salvación -ya incoada en este mundo- llegará a su plena realización con dicha venida; ello implica la plenitud de la resurrección, formando parte de esa creación renovadora, fruto y efecto del poder de Cristo resucitado (Col 1, 15-20; Ef 1, 10s; 1 Cor 15, 25s) (“Eucaristía 1989”).

Pablo invita a los filipenses a participar en la carrera que él lleva y a seguir su ejemplo. Ya conocen cuál es el sentido de la vida y lo que deben hacer para alcanzar la meta cristiana. Pero este conocimiento no es más que un primer paso, del que no deben retroceder (3, 6). Ahora necesitan lanzarse hacia delante y correr hasta alcanzar "el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús" (3, 4). Hay algunos que ya le siguen en este empeño, pero es preciso que todos se enrolen en la carrera.

Porque hay otro camino, mucho más fácil, que conduce a la perdición, y tiene también sus secuaces incluso entre los que se llaman cristianos pero aborrecen la cruz de Cristo. Pablo se refiere probablemente a algunos malos cristianos de Roma (Rom 16, 17 ss) y de Corinto (1. Cor 6), porque esta crítica, que hace "con lágrimas en los ojos", no encaja con la conducta de los filipenses, a los que llama "su gloria y su corona" (4, 1).

El verdadero camino es el de la cruz de Cristo. Por él marchan cuantos "han crucificado su carne con sus pasiones y apetencias" (Gál 5, 24) y no "aspiran a cosas terrenas". Porque son "ciudadanos del cielo", porque han adquirido con su bautismo la ciudadanía en la Jerusalén celestial y ahora viven como peregrinos al encuentro del Salvador.

El Salvador consumará su obra cuando haga extensiva a nuestros cuerpos mortales aquella fuerza transformadora y vivificante de su resurrección. Porque "nuestra condición humilde" -nuestro cuerpo mortal- ha de transformarse "según el modelo de su condición gloriosa". Para que el último enemigo, la muerte, sea vencida en todos los frentes.

De esta esperanza se alimenta el caminante, cobra fuerzas el atleta: "manteneos así, en el Señor". De modo que la esperanza se hace paciencia, resistencia y coraje ("Eucaristía 1982").

- "Seguid mi ejemplo": El apóstol no es sólo un comunicador de un mensaje; es, ante todo, un discípulo del Maestro que atrae a la imitación de su seguimiento.

- "Hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo": la invitación al seguimiento va acompañada también de un poner de manifiesto los caminos equivocados de entender el Evangelio. La crítica de san pablo parece que se dirige hacia el grupo de judaizantes que hay en la comunidad de Filipo. Algunos comentaristas, sin embargo, se inclinan por una lectura más simple, refiriéndola a cristianos que actúan de forma liberal en lo moral. Viendo una referencia a los judaizantes, queda más claro que "su gloria" en "sus vergüenzas" es la confianza en la circuncisión y en las obras de la Ley.

- "Nosotros somos ciudadanos del cielo": Por la unión con Cristo, el cristiano ya ha alcanzado otro nivel: está donde está Cristo.

La nueva ciudadanía no se logra por el cumplimiento de los preceptos de la Ley -Pablo les da una dimensión sólo humana-, sino por la incorporación transformadora con Cristo resucitado (cf. 1 Co 15,47-55) (Joan Naspleda).

Pablo propone a los filipenses, como modelo, su propia vida y la de todos los que se comportan como él. Coherente con lo que decía en el texto de ayer, ama la cruz de Cristo, y ve en el hecho de compartir sus sufrimientos y de configurarse con su muerte la garantía de su propia resurrección. El camino de la cruz lleva a la resurrección. Por eso hablar de la cruz de Cristo significa no reducirse a hacer referencia al crucificado, sino que incluye la invitación a tratar de descubrir la señal de la cruz en la existencia misma del creyente, incapaz de salvarse por sí solo y que vive, a la vez, en un «cuerpo miserable». Pero la cruz, a pesar de su sentido de realismo respecto a la vida y situación del hombre, tiene enemigos. Son aquellos que caen en la trampa de hacerse una vida de mentira, que huyen hasta de la mera palabra cruz, que hacen de la comida

su dios y se glorían de sus vergüenzas. Pablo deja entrever una inexplicable incoherencia en la vida de tales seres: «Sólo piensan en la tierra» (3,19). Es realmente incomprensible e inexplicable para quien puede anunciar a creyentes y a quien no creen: «Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como salvador a nuestro Señor Jesucristo» (20).

El descubrimiento de la cruz de Cristo en la existencia del creyente no quiere decir que la vida de cualquier cristiano tenga que pasar necesariamente por las mismas o parecidas vicisitudes que las del Apóstol. Más bien, la cruz señala la forma personal de vivir y hacer camino de cada creyente, de paso por este mundo. Dejando satisfacciones terrenas que sólo conseguirían distraerle y detenerle, camina derecho y con paso ligero hacia su ciudad celeste. Desea poder hacer su camino en paz. Y, entre tanto, de todo lo que encuentra por el camino, sólo se afana por aquello que "hay de verdadero, respetable, justo, limpio, estimable..., todo aquello que sea virtuoso y digno de alabanza" (4,8). Y acaba Pablo insistiendo nuevamente en que pongan en práctica todo aquello que de él han aprendido, recibido, escuchado y visto. Es consciente de que éste es el camino para encontrar la paz de Dios (M. Gallart).

**La verdadera seguridad de la Iglesia:** "Todo aquello que fue visible en nuestro Salvador ha pasado ahora a los sacramentos", dijo, en frase feliz, san León Magno. A partir de esta frase se podría hallar una línea válida de actualización de la perícopa en función de la Cuaresma. Cristo no es solamente el "modelo", el héroe que suscita nuestra admiración en su victoria sobre las tentaciones y nos arrastra con su ejemplo. Cristo es el que está presente en la Iglesia porque es el Señor que domina la historia. Las escrituras del antiguo Testamento, y la predicación cristiana, no tienen más contenido fundamental que su persona. Y la vida cristiana misma, en definitiva, no consiste radicalmente en un esfuerzo sicológico o ascético planteado a nivel natural y humano, sino en el hecho de que "somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo.... que transformará nuestra condición humilde...." (2 lectura). La vida de la Iglesia no es una exaltación continua, un entusiasmo perenne, un triunfalismo -si se quiere- vacío; pero tampoco es aridez, pesimismo, incertidumbre elevada a categoría de principio.

La Iglesia tiene auténticas seguridades -junto a la tentación de otras, que son falsas- y hay que valorarlas: la seguridad de la fe en Jesucristo. Junto a los momentos de la lucha están los momentos de la fiesta, de la contemplación. Junto a la vida cotidiana están los momentos sacramentales. En la conversación sobre la pasión y muerte, entramos en la nube gloriosa. El Señor que está entre nosotros, y que no vemos, es el que partió el pan en Emaús, aunque vivamos su presencia como la del "Jesús solo" de Lucas, al final de su narración (Pedro Tena).

4. Lc 9,28b-36 (par.: Mt 17,1-9, Mc 9,2-10). Jesús acaba de hablar de su muerte y de su resurrección, de la necesidad de ese camino para todo el que quiera ser su discípulo y del anuncio de que algunos de los presentes verán el Reino de Dios antes de que mueran. En este contexto Lucas nos presenta a Jesús subiendo a un monte en compañía de Pedro, Juan y Santiago, con la finalidad concreta de orar, y no de manifestarse a sus discípulos. La referencia a la oración es típica de Lucas. Un judío oraba varias veces al día, pidiendo a Dios la venida del Mesías. Lucas parece presuponer que se trata de la oración de primeras horas de la noche, puesto que de los tres discípulos dice más adelante que se caían de sueño.

La descripción de la transformación de Jesús y el diálogo con Moisés y Elías la sitúa Lucas durante la oración de Jesús. La escenografía es escatológica: color blanco, brillo, gloria o resplandor, Moisés y Elías, cuya vuelta se esperaba para el final de los

tiempos. Es decir, Lucas se sitúa en este final y lo describe desde las concepciones y los símbolos con que los judíos se lo imaginaban. El diálogo versa sobre el éxodo de Jesús. Es el término que emplea el texto griego, y no muerte como dice la traducción litúrgica. El término, en sí mismo, suena al éxodo de Israel, a su salida de la cautividad de Egipto para entrar en la tierra prometida. Tanto Moisés como Elías habían hecho la experiencia de un camino que va de la opresión a la liberación.

La experiencia de Elías la encuentras en 1 Reyes 19. El camino del que ha hablado Jesús a sus discípulos en el texto anterior al de hoy es exactamente el mismo: de la muerte (opresión) a la resurrección (liberación).

En medio de la escenografía escatológica entran en acción Pedro y sus dos compañeros. Su entrada coincide con la marcha de Moisés y Elías, marcha que Pedro cree poder evitar haciendo una propuesta desafortunada. No sabía lo que decía. La situación escatológica sigue. El propio Dios se hace presente bajo el símbolo de una nube envolvente y habla a los tres discípulos sobre Jesús. Moisés y Elías no están ya. Sólo Jesús es el importante y a quien hay que escuchar, ya que se trata de un mensajero o enviado muy especial: es el Hijo de Dios. Los éxodos pasados, representados por Moisés y Elías, no existen ya, eran prefiguraciones, anticipos. El éxodo último y definitivo, que completa y da sentido a los anteriores, es el de Jesús, su muerte y su resurrección. Cuando éstos tengan lugar realmente, algo decisivo habrá acontecido en el tiempo: éste habrá empezado a ser efectivamente escatológico, es decir, último y definitivo. Hoy, segundo domingo de cuaresma, todo esto tiene sólo valor literario. El domingo de Pascua todo esto tendrá además valor real.

Resumiendo: En su línea de instrucción cristiana expresiva y gráfica Lucas nos presenta la muerte y resurrección de Jesús como el último y definitivo éxodo, que da paso al nuevo tiempo.

Comentario. Caminar en cristiano es hacerlo en comunicación con Dios. Una vez más insiste Lucas en esto ofreciéndonos el modelo de Jesús en oración. Pero sigue sin ofrecernos el modelo de oración de Jesús. Esto lo hará más adelante, en el cap., 11: el Padrenuestro. Según este modelo, orar es pedir a Dios que El sea realidad entre nosotros, de forma que entre nosotros todo sea diferente.

Al ser Dios realidad en Jesús, Lucas concibe el camino de Jesús como la realización de lo que en la Biblia se llama el Reino de Dios. Culminación y apoteosis de este Reino es la resurrección de Jesús. Desde ella escribe Lucas su relato, imaginándosela como muchos judíos imaginaban entonces el final de los tiempos.

El modelo de camino de Jesús es un modelo de éxodo, es decir, el sentido de la marcha va de la opresión a la liberación. Ese es también el modelo de camino al que somos invitados. Siguiendo, pues, el camino de Jesús sabemos por anticipado y con absoluta certeza que caminamos en dirección liberadora. Con un bagaje así, tan poco pesado y sin embargo tan importante, el camino es otra cosa (A. Benito).

"Maestro, qué hermoso es estar aquí" La Transfiguración no es una situación definitiva, pero es una realidad con la que hay que contar,

- siempre que creemos o avanzamos en la amistad,
- siempre que ancianos, enfermos, marginados... son atendidos,
- siempre que los campos están colmados de frutos,
- siempre que la oración nos introduce en el mundo de Dios, etc. etc., podemos afirmar: "Qué hermoso es estar aquí", ya que donde quiera que haya Vida, Dios está allí. Hay que vivirlas intensamente las "pequeñas transfiguraciones" que la vida nos ofrece.

- "Se encontró Jesús solo" (Evangelio). Esta es la gran realidad. Nos encontramos siempre con Jesús; hoy con "sus vestidos" que brillan "de blancos", mañana con el

Jesús desfigurado por el dolor de la cruz. "Ellos guardaron silencio"... No las diremos a nadie nuestras "transfiguraciones"; serán un impulso, una fuerza, una carga de esperanza para seguir animados en la lucha, en la tarea de cada día, que es en definitiva lo que importa (Vicenç Fiol).

No podemos ser felices en un mundo en donde no es posible la felicidad para todos. Querer ignorarlos es refugiarse en el Tabor. Es querer construir tres tiendas y establecerse sin tener en cuenta los que sufren y padecen en el valle de lágrimas.

Quedarse en el Tabor podría ser también llegar a pensar que lo importante es no tanto descender nosotros cuanto procurar que todos suban donde nosotros ya estamos. ¿Acaso es esto posible? Jesús no lo entendió así. Jesús descendió del Tabor para subir al Calvario. Jesús descendió hasta el ínfimo lugar, a fin de poder ser, en una perfecta igualdad de oportunidades, hermano y prójimo universal. Se hizo el más pequeño de todos para ser hermano de todos. No rehuyó el camino de la cruz y no quiso anticipar para sí y para los suyos (sus tres discípulos) una gloria que él quiso alcanzar para todos los hombres. Quedarse en el Tabor puede ser también para nosotros dar de vez en cuando la limosna de nuestra abundancia. Dejar caer unas migajas de nuestra mesa bien provista para los cachorros que ocupan el último lugar en el festín de la vida. La caridad cristiana es ante todo comunicación de vida, solidaridad con todos los hombres. Y, por lo tanto, descender para andar con todos los hombres que peregrinan por este valle de lágrimas y subir todos juntos hacia Jerusalén, en donde, no sin el sacrificio de nuestras vidas, se alcanzará al fin la salvación de todo el pueblo ("Eucaristía 1971").

El blanco es el color de las manifestaciones divinas, el color de Dios. El blanco demuestra alegría y gloria, es signo de fiesta y de comienzo. Los cristianos deberíamos cambiar un poco el color de nuestra vida, de nuestra fe, esperanza y caridad. Es demasiado indefinido, poco brillante. Nos vestimos de tiniebla, nos cubrimos con apariencias, nos autodefendemos con nuestros tonos oscuros para no tener que mostrar a la luz nuestras manchas. Es urgente recobrar el blanco resplandeciente de la oración y de la cercanía de Dios (Andrés Pardo).

Los tres discípulos que serían testigos del abatimiento de Jesús en Getsamaní, fueron elegidos antes para ver su gloria en el Tabor.

La blancura de los vestidos de Jesús y el nuevo aspecto de su rostro (Mateo dice que aquellos se tornaron blancos como la luz y que su rostro resplandecía como el sol) no son más que la manifestación de la dignidad y la gloria que le correspondía como Hijo de Dios. Moisés y Elías, representando a la Ley y los Profetas -todo el Antiguo Testamento-, conversan con Jesús de lo que aún ha de cumplirse en Jerusalén. Toda la historia de la salvación culmina en Jesucristo, pero el momento de esta culminación es la hora de su exaltación en la cruz. El Tabor no se explica sin el Calvario.

A pesar de que sólo hace seis días (Mt 17,1) desde que Jesús les había anunciado su pasión y muerte en Jerusalén y había reprendido precisamente a Pedro porque intentó torcer su camino, éste sigue sin entender nada. Piensa que ha llegado la hora de disfrutar el triunfo y que puede ahorrarse lo que ha de suceder todavía.

La "nube", o la "columna luminosa", es en la biblia el símbolo de la presencia de Dios. Aquí aparece como respuesta a la proposición de Pedro. De la nube sale la voz de Dios. El signo de la nube es interpretado por la palabra. Y la palabra confirma a Jesús como enviado de Dios, como Hijo que ha venido a cumplir su voluntad. A él deben atenderse Pedro y sus compañeros. Lo fascinante y lo tremendo de la presencia de Dios, de la teofanía, se advierte en las palabras de Pedro y en el temor de los tres discípulos al ser introducidos dentro de la nube.

La transfiguración, que el evangelista sitúa como un alto en el camino que sube a Jerusalén, no ha sido otra cosa que una anticipación momentánea de la última meta y

como un aliento para seguir caminando. Jesús les manda que callen lo que han visto hasta que todo se cumpla y el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos (Mt 17,9) ("Eucaristía 1982").

Sirviéndose de un dato cronológico preciso, el autor relaciona la escena que va a seguir con las palabras precedentes de Jesús (cf estas palabras en Lc 9,22-27). El marco y la circunstancia son los mismos que en Lc 6,12. Descripción de la escena en los vs. 29-31. Es importante observar que el autor deja fuera de esta descripción a Pedro, Santiago y Juan. Así pues, el autor divide en dos al grupo que ha subido a la montaña. De un lado, Jesús; de otro, los tres. Si seguimos observando con atención, percibiremos que entre Jesús y los tres no hay comunicación de ningún tipo. Jesús habla de sus cosas con Moisés y Elías, pero no con Pedro, Santiago y Juan. Más aún, Pedro no sabe lo que dice. Tenemos, pues, el ámbito de Jesús por un lado y el ámbito de los tres por otro. Dos ámbitos irreductibles, puesto que no pueden comunicarse ni, consiguientemente, entenderse. La solución a esta situación es la nube, conocido vehículo plástico de la presencia de Dios. Envolviéndolos a los tres, la nube los sitúa en el ámbito mismo en que están Jesús, Moisés y Elías. La comunicación puede ya tener lugar y con ella el entendimiento.

Como indicaba al comienzo, el texto de hoy tiene mucho que ver con las palabras de Jesús en Lc 9,22-27, palabras que a su vez habían sido motivadas por la anterior respuesta de Pedro a la pregunta de quién es Jesús (cf Lc 9,18-20). Entre Pedro y Jesús se había producido una dialéctica, una tensión.

Pedro tiene una concepción de la persona de Jesús que Jesús ni comparte ni acepta. Ambos se mueven en ámbitos distintos. Es lo que Lucas pone plásticamente de manifiesto en el relato de hoy.

Pero si de la constatación del hecho de la disparidad de concepciones pasamos a los contenidos de esa disparidad, la sorpresa que nos llevaremos será mayúscula, pues descubrimos que Pedro se mueve ni más ni menos en la misma línea en que se movía el tentador del domingo pasado. Pedro concibe a Jesús en términos del omnipotente que puede y debe imponer su mano. Pedro no entra por la concepción de un Jesús trajinado por el acontecer histórico. Pedro no entra por Jerusalén. Pedro quiere un Jesús fuerte, de rompe y rasga, que ponga las cosas en su sitio con autoridad y dominio. En última instancia: quiere un Dios como tiene que ser. ¡Un Dios como tiene que ser! ¡Qué expresión tan castiza y significativa! Pero, mira por dónde, Dios no quiere ser así. La voz de Dios, al final del relato, tiene de todo menos de omnipotente y poderosa. No es una orden; es una invitación. ¡Qué fantástico es este Dios de Jesús! Cansado de ser el Dios que los humanos queremos que sea, hoy nos pide que le dejemos ser simplemente el Dios de Jesús y que le aceptemos así. El domingo pasado hablábamos de tentaciones de Jesús. Hoy hay que hablar de tentaciones de Pedro. Los dos relatos se complementan para ofrecernos un Dios inédito. Inédito porque sigue habiendo muchos Pedros que desean un Dios como tiene que ser, un Dios en su puesto ("Eucaristía 1983").

"Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar": La narración de la transfiguración en Lucas sigue a las palabras sobre el seguimiento y las actitudes del discípulo. Se trata de presentar a quién se sigue. Es imposible determinar lo que hay en la escena de histórico y lo que hay de simbólico. No podemos reducirlo a una sola dimensión y debe leerse desde la perspectiva postpascual.

-"Pedro y sus compañeros... vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él": Jesús habla con Moisés y Elías sobre su "muerte". Literalmente el término es "éxodo", que adquiere una riqueza de sentidos: en el marco geográfico de Lc es una referencia al camino que Jesús inicia hacia Jerusalén y que le conducirá a la muerte; y con el trasfondo del AT es la referencia a la liberación de Egipto (fijémonos en la

relación de Moisés con el Éxodo y, también, de Elías con el monte del Horeb, lugar de la alianza), clave de la manifestación de la gloria del Señor. Jesús caminando hacia la muerte también manifiesta la gloria del Señor a sus discípulos.

- "Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle": Hay ciertamente una estrecha relación de esta escena con la del Bautismo. Si hasta ahora, en el evangelio, Jesús ha sido presentado como el Mesías y el Hijo del Hombre, ahora se da un paso más en la comprensión de su personalidad: es el Hijo que hay que escuchar para entrar en la gloria del Reino. Las figuras de Moisés y Elías hacen de contraluz. Son los dos representantes de los profetas que se tenía que escuchar en la Antigua Alianza. Ahora hay que escuchar a Jesús "solo".

- "Ellos guardaron silencio...": Durante el ministerio de Jesús, los discípulos, pese a haber entrado en la nube de la revelación de Dios, no han sido aún capaces de entender y expresar claramente quién es Jesús. Después de la resurrección serán capaces de proclamar la gloria que han contemplado en el Hijo (J. Naspleda).

Otra epifanía de Jesús, nueva teofanía de Dios: «mientras oraba» el hombre interior de Jesús se manifiesta, descorriendo el velo de su cuerpo.

La escena está llena de contrastes. Jesús se encuentra en plena gloria pero habla de su muerte. Los discípulos casi entran en el cielo, pero están asustados y «se caían de sueño». Quieren quedarse allí, pero tienen que bajar y subir a Jerusalén. Dios les manifiesta al Hijo escogido, pero se les ordena no decir nada.

Se trata de un anticipo de nuestra esperanza. Jesús transfigurado es el modelo en el que seremos transformados. Pero antes hay que escucharle, hay que seguirle, hay que subir con él hasta la cruz, hay que entrar en la nube de Dios. La cruz es la gran teofanía de Dios, y es amando hasta la muerte como nos transformaremos definitivamente. No es cuestión de hacer chozas en el monte, sino de bajar a las simas donde sufren los hermanos. En el relato hay circunstancias parecidas a las alianzas con Abraham y con Moisés, sólo que en plenitud (Caritas).

¡Qué contraste entre el domingo pasado y hoy! Si el domingo pasado veíamos a Jesús en el desierto, que ayuna y es tentado, hoy le vemos arriba del monte, con el vestido blanco y el rostro resplandeciente. Así es también nuestra vida. Hay momentos de todo y épocas distintas. Pero los cristianos tenemos la suerte de vivir la vida acompañados, porque Jesús se ha mostrado hombre como nosotros y ha conocido las múltiples situaciones de nuestra vida.

Este contraste expresa también, gráficamente, el camino que sigue Jesús. De una vida que sabe de pruebas y contradicciones, y que termina con la muerte -¡y qué muerte!-, a la vida de resucitado y glorioso, a la derecha del Padre. También nosotros hacemos nuestro camino esperanzados: al final, encontraremos, como Jesús, la alegría definitiva, la luz sin ocaso, la vida en plenitud.

Sin embargo, no pensemos que se trata de dos realidades contrapuestas. Al contrario. ¿Os habéis fijado que -en el cénit de su gloria- Moisés y Elías hablan de la muerte de Jesús, que tenía que suceder en Jerusalén? Es importante que lo entendamos: Es porque Jesús ha vivido y ha muerto de esta manera que ahora es glorificado por el Padre. Por eso, cuando el Resucitado se encuentra con sus discípulos, después de Pascua, les muestra las manos y el costado traspasados. No se trata de una "comprobación", o de un "experimento", ni de ninguna "demostración". Se trata de decirnos a todos nosotros que Aquel en quien creemos y esperamos (el resucitado glorioso, el Señor de la historia, el principio y fin de todo) es aquel Jesús nacido de mujer, que ha recorrido los caminos de la Palestina de su tiempo, que ha sido probado, y que ha culminado su vida muriendo en la cruz, perforado por los clavos y por la lanza. Este es el camino que le ha conducido a la gloria.

Sí: la resurrección de Jesús es como el fruto de su vida y de su muerte en cruz. ¿Os fijasteis cómo empezaba el evangelio del domingo pasado? Decía: "Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y durante cuarenta días, el Espíritu Santo lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo".

Ahí tenéis: el Espíritu conduce a Jesús durante toda su vida. Jesús es el hombre lleno del Espíritu de Dios: por eso es el Hijo de Dios. Jesús es el hombre fiel en todo al Espíritu de Dios. ¿Y cuál es el fruto de esta vida, cuál es su desenlace? La vida por siempre con Dios, el Padre, la glorificación, claro está. El Espíritu de Dios conduce a Jesús durante toda su vida terrena (sin ahorrarle nada de lo que forma parte de nuestra condición de hombres y mujeres), le resucita y glorifica.

"¿Qué hermoso es estar aquí! Haremos tres chozas". La exclamación de Pedro recuerda aquellas palabras del poeta Maragall en su "Canto espiritual": "Yo que querría detener tantos instantes de cada día para hacerlos eternos en mi corazón". Pero todos sabemos por experiencia que no es posible detener el tiempo en aquel punto preciso que nos gusta y convertirlo en plenitud.

Sí: podemos "hacer eternos" momentos de gozo y felicidad; pero sólo dentro del corazón. La vida seguirá su curso, y después de unos días vendrán otros. El evangelio dice que Pedro "no sabía lo que decía": su gran felicidad le hacía soñar despierto.

La voz desde la nube, en cambio, sí sabía lo que decía: "Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle". Podríamos decir que todo el relato de la Transfiguración viene a ser como un gran decorado para que oigamos y hagamos caso de estas palabras. Por eso, "cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo". Se ha desvanecido la visión, se ha roto el encanto, ha sonado la última campanada de las doce, como en el cuento de la cenicienta. Quedan solamente las palabras desde la nube y queda Jesús. Solo: sin resplandores, sin compañías celestiales, sin nubes resplandecientes, sin voces extraordinarias. La vida sigue. La vida de cada día, con sus luces y sus sombras. Pero con Jesús.

El relato de la Transfiguración se sitúa en un momento clave de la vida de Jesús. Pasados los primeros entusiasmos, el pueblo empieza a desengañarse de aquel profeta, que no acaba de resolverle sus problemas. La gente importante (escribas, fariseos, sacerdotes del templo...) se ponen en guardia contra aquel predicador que dice cosas raras, que cuestiona su enseñanza y su manera de hacer. ¿Y si la aventura de Jesús terminara mal? El mismo ha empezado a insinuarlo. Los discípulos están desconcertados: "De ningún modo te sucederá esto", le había dicho Pedro. Y se llevó una buena reprimenda: "¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tropiezo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!" Pues bien: ahora la voz de la nube pone la rúbrica de Dios. El, el Padre, nos dice a todos que este Jesús es el Hijo, el escogido. Que tenemos que escucharle.

Afiancemos una vez más nuestra fe en Jesús. Afiancemos nuestra decisión de escucharle y seguirle. Dejémonos conducir, como él, por el Espíritu de Dios. También nosotros lo hemos recibido. También nosotros somos hijos de Dios. Por eso nos reunimos cada domingo y estamos convocados a celebrar la eucaristía. No para hacernos unas chozas y quedarnos ahí arrobados. Sino para alimentarnos con el pan de la eucaristía y volver después al trabajo de cada día: a las alegrías, a la lucha, al esfuerzo. Pero nunca solos. Con Jesús (J. Totosaus).